

EL PAQUETE DE IDEALES

Y NOS HICIMOS FUMADORES.



Hace años, lustros, que no fumo, y, aunque confieso que, comencé joven con el vicio, nunca he sido un fumador empedernido. Pero nunca me he privado de imitar las costumbres de los mayores.

Ya, de muy pequeños, comprábamos y fumábamos nuestros cigarrillos de anís, en casa del Parrillano.

Y no había fiesta que se preciara, donde la propina era más holgada, en que no destináramos una parte de ella, si no toda, a comprar un paquete de tabaco que escondíamos en unas malolientes plantas que se daban en las laderas del Palacio. Allí acudíamos por las tardes a fumarnos nuestros pitillos, porque, como decía Dominguete, “*Sea pobre o sea rico, después de comer, mi cigarrico*”.

No teníamos el vicio del tabaco, aún, ni se conocía entonces lo del *mono*, pero, cuando un dinero extra quemaba en nuestro bolsillo, lo dedicábamos *ipso facto*, a comprar un paquete de tabaco. Paquete a escote y consumo a escote. Y este día, *el escote del consumo* pudo ser fatal.

Era un día de fiesta. De segunda o *tercera*, porque no la recuerdo. Sé que había procesión, y era por la tarde.

Mucha propina no llevábamos, pero, después de comer, en la puerta de Parrillano contamos, entre todos los amigos, un total de tres pesetas. Poco dinero. Pero... Daba para tabaco. Tres pesetas era lo que valía un paquete de **IDEALES**. Dieciocho cigarrillos tenía el paquete. Jesús, Dominguete y quien esto escribe. **Cerillas,...**????.



No teníamos para cerillas. Pero se podían conseguir en casa, con cuidado, dos o tres.

Y era raro, porque cerillas sí que solíamos tener. Dedicábamos tardes enteras a encender una lumbre en las eras o en el Palacio, quemando cenizas. Y allí pasábamos las horas.

Compramos nuestro paquete de **IDEALES**, y nos hicimos con unas cuantas cerillas.

Nos fuimos a las eras debajo del Palacio, justo debajo del almacén de Pedro Quintín, y encendimos nuestro cigarrillo.



Cosas de Montalbo

Fuese por el aire, fuese por la escasez de cerillas, no podíamos dejar que se apagasen los cigarros. No había más cerillas.

Teníamos que fumarnos el paquete de tabaco seguido, sin descanso. No había cerillas. Total, seis cigarros cada uno.

Yo no sé cómo pudieron aguantarlo mis amigos de faena, pero a mí me sentó fatal. Me puse malo, malo,... Tan malo que me tuvieron que llevar a casa entre los dos.

Mi madre, al verme,.. tan malo,..

- *Pero ¿de qué estás malo.?*
- *¿Te han dado algo de beber?*
- *¿Has comido algo que te ha sentado mal?,*
- *¿Dónde has estado?*

Yo, negando todo. No. No. No. *Pero estoy mu malo.*

Me tumbé en la banca y allí pasé la tarde.

Dudo que mi madre no supiera el origen del mal, porque el olor a tabaco, Ideales, para más señas, debía cantar, de órdago. Pero nada dijo. Y yo,... tampoco quise dar pistas.

Pasó la tarde y me acosté.

El episodio pasaría como que *el chico ha venido malo, con mal cuerpo y con ganas de vomitar.*

Pero, ya,... ya.

- *No volví,..*
- *¿A fumar?*
- *No. A probar los IDEALES.*

Fumar, fumaríamos en la próxima fiesta, pero sería con boquilla y a ser posible, tabaco rubio.



Nunca volví a probar los Ideales. Ni los buenos. El paquete azul, *caldo*, que se liaba. Y eso que mi primo Pancracio intentó, en vano, enseñarme a liarlos.

Manuel Fernández Grueso.
